

en su situación, los días, las horas eran de sumo precio y le importaba mucho no fatigar sus tropas en la represión de la guerra civil. La división enviada en posta á Lyon continuó su marcha á fin de contribuir á la formación del 7.º cuerpo que debía custodiar los Alpes á las órdenes del mariscal Suchet. Napoleón mandó venir á París al mariscal Massena para reconciliarse con este antiguo compañero de armas, aunque estaba dispuesto á volver á emplear sus servicios en el Mediodía si convenía á sus intereses.

Entretanto nombró al mariscal Brune para que desempeñase el mando militar entre Marsella, Tolón y Antibes. Tranquilizado por las cartas interceptadas respecto de los medios ofensivos de los españoles, pensó que el 8.º cuerpo destinado al general Clausel, que debía constar de doce regimientos, tendría bastante con seis y le formó en dos divisiones de las cuales una residiría en Burdeos y otra en Tolosa, más para contener á los realistas meridionales que para hacer frente á los españoles. De los seis regimientos que quedaron disponibles, cuatro fueron enviados de reserva á Aviñón, y dos á Marsella para formar con las tropas llegadas de Córcega el 9.º cuerpo, encargado de la defensa del Var. Los regimientos detenidos en Aviñón estaban destinados á ofrecer refuerzos al mariscal Brune ó al mariscal Suchet, según la dirección que tomase la guerra por aquella frontera. Napoleón, á pesar de haber aconsejado á Murat que no se apresurase, temía alguna imprudencia de su parte, y por este motivo retiró al mariscal Suchet de Estrasburgo, donde mandaba el 5.º cuerpo, y le envió á Saboya para que presidiese á la formación del 7.º. Con el mismo motivo dispuso una reserva en Aviñón para reforzarle y pensaba en caso de necesidad hasta poner á su disposición todo el 9.º cuerpo que iba á organizarse en el Var bajo las órdenes del mariscal Brune. Como no cesaba de ocuparse en su plan general, le aumentó con una nueva disposición. Cinco cuerpos (el 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 6.º) debían con la guardia imperial operar bajo su dirección en la frontera del Norte: el 5.º, confiado á Rapp, después de pasar el mariscal Suchet al 7.º, debía continuar custodiando la Alsacia. Resolvió crear en Belfort, donde, como es sabido, existe una hendedura entre la cadena de los Vosgos y la del Jura, un cuerpo intermediario, compuesto de una división de línea y de muchas divisiones de milicianos nacionales movilizadas. Encargó el mando de esta división al general más hábil en la guerra de montañas, el ilustre Lecourbe, que había permanecido mucho tiempo olvidado después de la causa de Moreau. Si la Suiza mantenía su neutralidad, Lecourbe iría, según la necesidad lo exigiese, á reforzar el 5.º cuerpo de Alsacia ó el 7.º de los Alpes. Si de ninguno de estos puntos le llamaban, permanecería observando las salidas de Basilea y de Poligny.

Después de haber hecho estas adiciones á su plan ordenó Napoleón que acudiesen á París los regimientos que habían tomado parte en la guerra civil (especialmente el 10.º de línea) y los principales oficiales que no se hallaban irrevocablemente comprometidos. Quería verlos, hacer las paces con ellos y afiliarlos á su causa. Llamó al general Grouchy para recompensarle de un modo extraordinario, no porque este general hubiese prestado eminentes servicios, sino con el objeto

de demostrar al ejército que en aquellas circunstancias no quedaría sin recompensa la adhesión. Esta corta expedición, en la que apenas se habían descargado algunos tiros y en la que, si algún mérito había, pertenecía al general Gilly, valió al general Grouchy el bastón de mariscal, que hasta entonces no había sido concedido sino al fin de batallas ganadas. Napoleón se propuso al obrar de este modo estimular la adhesión á su causa y al mismo tiempo elevar á un alto puesto á un oficial acostumbrado á mandar la caballería, con el fin de adquirirse un jefe para la reserva de sus tropas de á caballo, á las que la muerte ó el abandono habían privado sucesivamente de Lasalle, de Montbrún, de Besieres y de Murat. Muy pronto por desgracia debía arrepentirse de este favor excesivo, dictado más por la razón política que por la razón militar.

Napoleón obraba cuerda y prudentemente al ocuparse con urgencia de todo cuanto tenía relación con la guerra, porque cada día se aumentaban las muestras del implacable odio que se abrigaba en Europa contra él. Ya sabemos que á consecuencia de la partida de las legaciones extranjeras, despachó correos de gabinete llamando á nuestros agentes, é invitándoles al mismo tiempo á declarar que la Francia consentía en conservar la paz con las potencias europeas respetando los tratados existentes. Estos correos, que salieron de París el 28 y el 29 de marzo, fueron detenidos en las fronteras.

El que se presentó en el puente de Kehl fué rechazado por un comandante austriaco, que se negó hasta á admitirle bajo su salvaguardia. Otro de ellos que quiso pasar por Maguncia fué preso por el comandante prusiano y groseramente maltratado. Un tercero, que se dirigió por la Suiza y la Lombardia, no pudo atravesar los Alpes. Estos procederes eran inusitados aun en guerra, porque, como Napoleón decía, se hace la guerra para conseguir la paz, y nunca durante las hostilidades más encarnizadas se habían interceptado las comunicaciones con tendencias á poner fin á la efusión de sangre. Esta especie de excomunicación diplomática, sin ejemplo hasta entonces, era á todas luces personal y estaba de acuerdo con la extraña declaración del 13 de marzo.

En vez de procurar ocultar la acogida que se había dispensado á sus correos de gabinete, Napoleón se propuso dar un último paso más ostensible, más importante que los que ya había dado, y cuyo mal éxito quería que fuese tan ostensible y tan ruidoso como su determinación. La ocasión se le presentaba naturalmente. Al volver á ocupar el trono de la Francia debía escribir á los diversos soberanos para participarles su advenimiento al solio; y ya había sostenido correspondencia con ellos muchas veces en calidad de aliado ó de dueño, para que pudieran acusarle de una presunción de advenedizo al obrar de esta suerte. Escribió por sí mismo algunas líneas llenas de moderación y de dignidad, en las que declaraba aceptar los tratados existentes y en las que les decía que si los monarcas participaban de sus sentimientos, *la justicia establecida en los confines de los Estados bastaría en lo sucesivo para guardarlos*. Encontrándose en Viena la mayor parte de los soberanos, á esta capital era adonde debía dirigir su enviado, y las conveniencias exigían que para

desempeñar esta misión eligiese á uno de sus ayudantes de campo, porque las cartas de los soberanos no son confiadas ordinariamente á otros mensajeros. Escogió, pues, á uno de los más distinguidos, de los más considerados, de los enviados con más frecuencia á las cortes extranjeras, al conde Flahault, y le entregó al mismo tiempo una carta particular para su padre político. Si un simple correo de gabinete había sido detenido, era posible que se guardasen mayores atenciones á un teniente general.

El conde de Flahault partió en efecto el 4 de abril, atravesó el puente de Kehl, lo que no habían podido hacer los correos de gabinete, penetró en Alemania, y se lisonjeaba de haber vencido todos los obstáculos cuando fué inesperadamente detenido en Stuttgart por orden de la corte de Wurtemberg. Sus despachos fueron cogidos, pero le prometieron transmitirlos á Viena. Un comandante de navío no fué más dichoso al procurar atravesar el paso de Calais. Enviado en calidad de parlamentario á la corte de Inglaterra, no fué tratado como enemigo, pero se interceptó su marcha, sus despachos fueron enviados á Londres y después le informaron que serían abiertos en Viena, desde donde serían contestados si había lugar á una respuesta.

Para que se comprenda esta singular interdicción, necesitamos exponer lo que había sucedido en Viena al saberse el desembarco de Napoleón en las costas de Francia. Al abandonar la isla de Elba creyó encontrar disuelto el congreso ó cuando menos ausentes los soberanos y reunidos los ministros sólo para terminar algunas cuestiones de pura redacción. Estos datos eran exactos cuando le fueron comunicados, pero la tardía llegada del rey de Sajonia á Hamburgo, la resistencia que este príncipe opuso á las decisiones del congreso, las demostraciones militares de Murat detuvieron al emperador Alejandro y al rey de Prusia, que no quisieron salir de Viena hasta que no quedase por resolver ninguna dificultad.

Así, pues, cuando llegó á Viena, avisada por Génova, la noticia del desembarco en el golfo Juan, se hallaban en la corte de Austria los soberanos y sus ministros, excepto lord Castlereagh, reemplazado en el congreso por el duque de Wellington. Cuando la noticia se divulgó, se hallaban todos reunidos en una fiesta, y produjo en ellos el mismo efecto que un rayo. Figúrense nuestros lectores á estos potentados, que después de haber sido los unos privados de sus Estados por Napoleón y los otros amenazados de sufrir la misma suerte, se habían convertido de pronto de vencidos que eran en vencedores, de esclavos en dueños, y habían no sólo recuperado lo que habían perdido, sino aumentado sus dominios en una mitad éstos, en una cuarta ó quinta parte aquéllos; figúrenselos nuestros lectores, repetimos, asaltados por una visión súbita y pudiendo creerse trasladados á los terribles años de 1809, 1810 y 1812, en los que se hallaban despojados, sumisos, amedrentados, y comprenderán los sentimientos que debieron apoderarse de su alma. Al pronto se aterrorizaron y con este terror nos supusieron con más fuerza de la que teníamos, porque creyeron que once meses habían bastado para devolver á la Francia su agotado vigor. Este terror fué asimismo bastante grande para excitar la sonrisa de los diplomáticos ingleses, que no teniendo, gracias al

Océano, casi nada que temer por su patria, se burlaron del espanto de los demás. A esta consternación sucedió una violenta cólera contra los verdaderos ó supuestos autores de las desdichas que preveían. Todos los ánimos, todas las lenguas culparon al principio al emperador Alejandro, quien con el tratado del 11 de abril había tenido la imprudencia de conceder la isla de Elba á Napoleón, y después de él á los Borbones, que le habían abierto de nuevo el camino de la Francia con su manera de gobernar. No hubo más que un solo clamor contra la ligereza de Alejandro y la torpeza de los Borbones, y añadían que también ellos habían obrado con poca habilidad al poner en sus manos el gobierno de la Francia. Alejandro no podía ocultarse la ira de que era objeto, porque los rusos entre todos los que le acusaban eran los que más elevaban su voz, y se disculpaba diciendo que el tratado del 11 de abril había sido inevitable; que en la época de su conclusión nadie le había objetado seriamente porque todos querían librarse á cualquier precio de Napoleón, que aún disponía en Fontainebleau de setenta mil hombres á los que podía añadir con sólo replegarse hacia el Mediodía otros cien mil más, procedentes de los Pirineos, de Lyon y de Italia; y que los Borbones, al negarse á cumplir el tratado, al reducir á Napoleón á violar la ley por privarle de su subsidio, al abrirle el camino con su modo de gobernar, eran los únicos culpables. Por lo demás, añadía que si él era el autor del mal, sería su reparador, empleando en esta nueva lucha su último soldado y su última moneda. Asimismo procuró distraer su confusión con su cólera, y desde entonces fué el miembro de la coalición menos moderado en su actitud, en su lenguaje y en su conducta.

En el estado de exaltación en que se hallaban todos los que formaban el congreso, á ninguno se le ocurrió la idea de preguntarse si Napoleón volvería cambiado ó al menos modificado por la desgracia, si estaría dispuesto á aceptar no sólo el tratado de París sino el tratado de Viena, en cuyo caso no podían exigirle más que una cosa, buena fe. Pero nadie pensó que en este cambio, esta modificación hubiera podido operarse en el gran capitán del siglo. Todos vieron en él al terrible guerrero que había hecho de los ejércitos franceses un uso tan fatal, que había desplegado en plena Europa una ambición locamente asiática, y, acto continuo, todos los corazones, dominados por el terror, resolvieron morir luchando contra él, ¡porque hay momentos en que el miedo impulsa al heroísmo! No hubo, pues, más que un pensamiento, la guerra universal, sangrienta, encarnizada, hasta la destrucción de los unos ó de los otros. Sin embargo, antes de formular una declaración, era preciso esperar algunos días para saber si Napoleón lograba triunfar (lo que se dudaba en cierto modo) y si había escogido la Francia como objeto de su tentativa (lo que dudaban menos todavía); era necesario, por último, informaciones más seguras para no dar golpes en vago. Con efecto, quedaba alguna incertidumbre en el ánimo de los diversos personajes acerca de los designios del evadido de la isla de Elba, porque en este nuevo tormento se achacaban los unos á los otros, no solamente la culpa de su vuelta, sino también el peligro de ella. Así, pues, Mr. de Talleyrand se complacía en creer que Napoleón había desembarcado en el golfo Juan para

dirigirse por Niza y Tenda á Italia. «No os cuidéis de nosotros, le contestó con bastante dureza Mr. de Metternich, pensad en el peligro que corréis. Napoleón, creedme, se halla en el camino de París; probablemente en el momento en que hablamos se halla en Lyon y dentro de algunos días hará su entrada en las Tullerías.»

Mientras que se aclaraban estas dudas se ocuparon en los asuntos más apremiantes, y lo que más apremiaba á estos copartícipes de la Europa era apoderarse sin pérdida de tiempo de los países que se habían adjudicado, dándose el título de dueños aun á la faz del antiguo dominador del continente. Lo primero que debían hacer para conseguir su objeto, era obtener del desgraciado rey de Sajonia que consintiera en los sacrificios que le exigían. Según las teorías de derecho dominantes (teorías verdaderas en todo tiempo, pero profesadas entonces con afectación), no había nada mejor cedido que aquello que el cedente *abandonaba por sí propio con libre y plena voluntad*. Por consiguiente, era preciso que el rey de Sajonia consintiese en el abandono de las provincias deseadas por la Prusia, después de lo cual esta potencia cedería á la Rusia la parte de la Polonia que quería añadir á sus Estados, y la Rusia á su vez abandonaría al Austria los puntos convenidos, y hecho esto, toda la serie de mutilaciones estipuladas, sacrificios para los unos, ganancias para los otros, se llevarían á cabo naturalmente.

Se eligieron tres plenipotenciarios que habían defendido al rey de Sajonia y los enviaron á Presburgo. Estos tres fueron Mr. de Talleyrand por la Francia, Mr. de Metternich por el Austria y lord Wellingtón por la Inglaterra. Se encaminaron á Presburgo donde se hallaba Federico Augusto y le encontraron resuelto á oponer resistencia y poco convencido de los servicios que, según le dijeron, le habían prestado. Pasados muchos días de vivas instancias sin producir resultado, los tres diplomáticos declararon al rey de Sajonia que si no aprobaba formalmente las decisiones del congreso, la Prusia no dejaría de tomar posesión de las provincias sajonas que la habían adjudicado, mientras que él no entraría en posesión de las que habían dejado á su corona y además permanecería prisionero de la coalición.

Este infortunado príncipe, sin ceder á las amenazas de los tres negociadores, les dió á entender que no tardaría mucho en expresar su consentimiento, y se volvieron á Viena para terminar el arreglo de los asuntos pendientes. Baviera y Austria se pusieron de acuerdo en la cuestión relativa al país de Salzburgo, y desde entonces los soberanos no tuvieron que hacer más que tomar los títulos de sus nuevos Estados. El emperador Alejandro, sin perder un instante, tomó los títulos de emperador de todas las Rusias y rey de Polonia, y el rey Federico-Guillermo, los de rey de la Prusia, gran duque de Posen, duque de Sajonia, landgrave de Turingia, margrave de las dos Lusacias, etc. Además del título de emperador de Austria, que substituyó al de emperador de Alemania en 1806, el emperador Francisco tomó el de rey de Italia y constituyó por medio de un acta solemne, publicada inmediatamente al lado opuesto de los Alpes, el reino Lombardo-Veneto, que debía formarse con las provincias italianas comprendidas desde el Tesino hasta el Isonzo. En esta acta se ofreció á los italianos, como se había hecho con los

polacos, el consuelo de formar un reino separado. El rey de Cerdeña, que había obtenido á Génova, y el de los Países Bajos, que con el aumento de la Bélgica había duplicado sus Estados, se invistieron con los títulos de nuevas posesiones. Así, pues, en pocos días todos los soberanos procuraron asegurar sus adquisiciones para que la guerra, ya resuelta, no pudiese cambiar su posición sin hacerla definitiva en el caso de que fuese dichosa para ellos.

Mientras que cada cual se ocupaba de sus intereses, llegó el 12 de marzo la noticia de la entrada triunfal de Napoleón en Grenoble y ya no fué posible dudar de la índole del éxito de sus designios. Los miembros del congreso se reunieron al momento y dejaron á Mr. de Talleyrand la iniciativa de las proposiciones que debían hacerse. Nadie trataba de disputarle su calidad de representante de Luis XVIII, ni á su soberano la de rey de Francia, por más que todos se hallaban descontentos de los Borbones; pero no queriendo en interés común admitir á ningún precio la restauración de Napoleón y de su familia, era preciso atenerse á los Borbones y considerarles como la única dinastía posible. El mismo Mr. de Talleyrand, aunque tenía motivos personales para estar disgustado con la Francia, reconocía como el congreso en masa y por idénticas razones la necesidad de atenerse á los Borbones, hallándose por otra parte demasiado comprometido con ellos para titubear en su resolución. Conociendo que el mejor modo de perjudicar á Napoleón á los ojos de la Francia, agotada por veintidós años de guerra, era presentarlo como enemigo irreconciliable de la Europa, pensó en que el congreso reprodujera pura y simplemente la ordenanza de Luis XVIII del 6 de marzo, tratando á Napoleón como á un malhechor, que habiendo roto su cadena debía ser condenado á muerte apenas su persona fuese identificada. Este proceder era atroz para con un hombre que había reinado con tanto esplendor y durante tanto tiempo, pero la irritación era tan grande que no se reparaba ni en los decretos ni en su forma. Mr. de Talleyrand propuso, pues, que se declarase que habiendo Napoleón Bonaparte violado el convenio de 11 de abril, y destruido de este modo el único título legal sobre el que reposaba su existencia, debía ser considerado como indigno de la protección de las leyes de las naciones, sufriendo el castigo que merecía en el momento de ser aprehendido. La generosidad de Alejandro, la moderación del Austria hubieran tenido algo que objetar á este comportamiento; pero la cólera en el primero, y en la segunda el temor de parecer sospechosa, sellaron sus labios, y salva la supresión de una ó dos palabras demasiado odiosas, la declaración fué adoptada, fechada en 13 de marzo y enviada á Estrasburgo por medio de un correo extraordinario, para que fuese publicada en todas nuestras fronteras, á fin de prestar á la causa de la monarquía, si aún era tiempo, el servicio de dar á conocer á la Francia la implacable unanimidad de la Europa contra Napoleón.

Después pasaron algunos días esperando noticias, tan pronto creyendo en el triunfo de Napoleón como dudando de él, y durante este tiempo no se trató más que de la guerra inmediata y encarnizada: la Prusia por recrudescencia de todos sus odios, la Rusia encolerizada por el engaño que había sufrido su generosidad, la In-

glaterra por miedo de perder lo que había conseguido, y el Austria por fría convicción de no poder evitar la lucha y temor de evitar desconfianza á sus aliados. Esta última potencia, aunque no tenía menos que perder que las otras, era la única que veía la situación con alguna calma, gracias á la sangre fría del emperador Francisco y del príncipe de Metternich. No dudaba que Napoleón se ofrecería al principio á aceptar los tratados de París y de Viena; hasta creía que, ilustrado por la experiencia, se resignaría á las pérdidas territoriales de la Francia, y que favorecido con las glorias de la guerra procuraría adquirir las de la paz, uniendo un ramo de oliva á los innumerables laureles que ceñían su frente; pero no tenía completa seguridad en sus creencias. También era posible que, inconsolable de haber perdido por culpa suya la grandeza de Francia, comenzase por reposar un poco de tiempo y por conceder el mismo descanso á su nación, aguardando de este modo la disolución de la unión europea para empezar de nuevo la lucha con sus fuerzas militares reorganizadas cuando las de sus adversarios fuesen menores ó estuviesen dispersas, á fin de restablecer, si no los tratados de Tilsit y de Viena, al menos los de Campo-Formio y de Luneville.

Esta segunda suposición era tan verosímil como la primera, y aunque tuviese menos fundamento, en la duda valía más elegir lo más seguro, y lo más seguro era contribuir inmediatamente y por todos los medios imaginables á la ruina de Napoleón. Así, pues, sin el odio de la Prusia, sin la cólera de la Rusia y sin la avidez de la Inglaterra, estaba el Austria fría y firmemente resuelta á combatir; sólo se diferenciaba de sus aliados en los consejos que daba respecto de los medios más seguros de destruir á Napoleón. Algunos hombres de Estado austriacos pensaban que Napoleón, volviendo á Francia después de haber reinado once meses los Borbones, y hallándose en presencia de los partidos súbitamente evocados, iba á verse en singulares apuros, bastando por lo tanto limitarse á favorecer las divisiones interiores, con lo cual acaso no habría necesidad de acudir al dudoso y terrible recurso de la guerra. Pero este cálculo de la astucia no satisfacía las ardientes pasiones del momento, podía hacer sospechosas las intenciones del Austria; dar ocasión de creer, por ejemplo, que deseaba la regencia de María Luisa, y perjudicar de este modo á lo que se consideraba como la salvación de Europa, es decir, la completa unión de los coligados. El Austria se adhirió, pues, sin pasión pero con firmeza, al proyecto de una guerra de destrucción por dos razones decisivas: la desconfianza que la inspiraba Napoleón y la necesidad de la unión europea profundamente deseada por todos.

Cuidadosos en no dar nada que sospechar, el emperador Francisco y Mr. de Metternich procuraron apoderarse del ánimo de María Luisa y evitar cualquiera imprudencia de su parte. No les faltaban medios de someterla, porque contaban con la fuerza y con la persuasión mediante el ducado de Parma. Por lo demás, no necesitaban de tantos recursos para triunfar del carácter de esta princesa. Estaba ya rendida no solamente á la voluntad de su padre; lo que era disculpable, sino á la voluntad de un dominador que hacía de ella lo que quería, el conde Neipperg, su guía, su defen-

sor y su único amigo. En su aislamiento y su debilidad no había sabido resistir ni á los desvelos ni á las cualidades personales del conde, había olvidado completamente lo que debía á su posición, á sus obligaciones conyugales y á su triste pero glorioso destino. Al saber los primeros triunfos de Napoleón, se conmovió vivamente un momento y se vió asaltada por una especie de pesar; pero pensando en las cadenas austriacas que necesitaba romper, pensando sobre todo en sus faltas, no tardó en preferir la vida apacible, opulenta y libre que la esperaba en Parma, á todos los azares de una carrera tempestuosa, superiores á su valor. Es necesario añadir, para no calumniar á esta princesa, que si era esposa débil era excelente madre y muy sensata, aunque de poco ingenio; que si creía en la inteligencia de su esposo desconfiaba de su prudencia y dudaba de su sostenimiento definitivo en el trono, temiendo al volver á su lado comprometer el patrimonio de su hijo sin asegurarle la corona de Francia. Por otra parte, queriendo labrar el porvenir de su hijo según los gustos que la dominaban, deseaba mejor asegurarle un patrimonio en Italia que una grandeza ilusoria en Francia, cálculo sin elevación pero no sin exactitud, como no tardaron en probarlo los acontecimientos.

El emperador Francisco y Mr. de Metternich la hallaron, pues, completamente persuadida y resignada á las condiciones de su política, en cambio siempre del ducado de Parma. Estas condiciones eran que no abandonase de ningún modo á Viena, que entregase provisionalmente su hijo al emperador Francisco, y que todas las comunicaciones que directa ó indirectamente recibiese de su esposo las remitiese al gabinete austriaco, el cual cerradas las depositaría en la mesa del congreso. La princesa las aceptó, aunque eran humillantes; entregó su hijo al emperador Francisco, quien profesaba al niño la más tierna afección, y lo que más imperdonable era, presentó al gobierno de Austria las cartas que Napoleón la dirigió por diversos conductos. Sin embargo, á fin de obrar con alguna franqueza, tuvo una explicación con Mr. de Meneval, que permanecía á su lado y era un fiel servidor de Napoleón. Le dijo que no volvería á Francia, porque no habiéndose reunido á su esposo vencido y prisionero, menos lo haría cuando se hallaba victorioso y restablecido en el trono, y que cansada ya de agitaciones quería retirarse á la vida privada, consagrarse á su hijo y prepararle un porvenir modesto pero seguro.

Habiéndola objetado Mr. de Meneval que el ducado de Parma, al principio hereditario, no se lo otorgarían más que en calidad de título vitalicio, ella le respondió que «nada más había podido conseguir, lo que era muy sensible, pero que este ducado la permitiría, haciendo prudentes economías, asegurar en veinte años una gran fortuna á su hijo, no pudiendo realizar estos deseos siendo una simple archiduquesa; que además podría darle en Bohemia los feudos considerables que para indemnizarla del desheredamiento del ducado de Parma le habían concedido; que sería archiduque y archiduque rico, lo que no era muy común en Austria; que ella le proporcionaría la felicidad tal como la comprendía, y que al obrar y pensar de este modo no había sido más que madre y de acuerdo con sus sentimientos de madre afectuosa, tierna y abnegada.» De este modo se

expresaba y sentía sinceramente la esposa de Napoleón, no la que había escogido en la clase privada, sino la que había pedido á la sangre de los Césares. Al escuchar este lenguaje bajó la cabeza con dolor Mr. de Meneval sin añadir una palabra más, y dando á conocer, sin expresarla, su respetuosa desaprobación.

En vista de estas resoluciones, el hijo de Napoleón fué separado de su madre y trasladado, á pesar de sus quejas infantiles, al palacio de su abuelo, de donde no debía salir. Las cartas que por conducto de Mr. de Meneval y de Mr. de Bubna llegaron á María Luisa fueron depositadas en la mesa del congreso, porque el Austria tenía el mayor empeño en probar á sus aliados que entre ella y Napoleón no existía ninguna secreta inteligencia. En premio de esta sumisión obtuvo María Luisa que todas las cortes garantizasen su soberanía vitalicia de los ducados de Parma y de Plasencia.

A las primeras cartas se reunieron en breve otras de las que se esperaban en París los mejores efectos, y que los produjeron en Viena enteramente opuestos á lo que se creía en Francia. El correo expedido al príncipe Eugenio por su intendente, que llevaba también las cartas de la reina Hortensia para su hermano, para María Luisa y para otros varios elevados personajes, fué detenido, y los despachos de que era portador fueron igualmente depositados en la mesa del congreso. La lectura de estas cartas produjo particularmente en el emperador de Rusia una sensación de las más desfavorables. Alejandro, que no hacía nada con medida, no había abandonado en París la causa de la reina Hortensia y en Viena el brazo del príncipe Eugenio, en cuya compañía se paseaba todos los días. Proporcionó á la reina Hortensia el ducado de Saint-Leu, y quiso, aunque no lo consiguió, obtener una pequeña soberanía para el príncipe Eugenio. En el estado de emoción en que le había puesto la vuelta de Napoleón, se persuadió de que el hermano y la hermana habían sabido la expedición de la isla de Elba, habiendo sido engañado por los dos, y se entregó á una cólera á un tiempo sincera y afectada porque convenía más á su amor propio aparecer como vendido que como engañado. En consecuencia de esto, no habló nada menos que de aprehender al príncipe Eugenio y de constituirle su prisionero. Después de alguna reflexión y de algunas explicaciones que le dió el mismo príncipe, se contentó con su promesa de no salir de Viena, y bajo esta condición le dejó en libertad.

Todas las cartas probaban lo que era fácil de prever, que Napoleón no había sido muerto ni preso en el camino, que no había en represalias tratado de matar á los Borbones, pero que los había expulsado de Francia y había vuelto á sentarse en el trono, ofreciendo la paz y el respeto de los tratados; sin embargo, poco era lo que importaba á los príncipes reunidos en Viena que Napoleón se mostrase cruel ó generoso, que volviese corregido ó no por los acontecimientos, pacífico ó belicoso, libre ó supeditado por nuevas instituciones; los que menos prevención tenían contra él estaban convencidos de que, una vez restablecido en el trono, reorganizadas las fuerzas de la Francia y dispersas las de la coalición, trataría de recuperar por lo menos las fronteras de la Francia y entonces sería necesario que los unos devolviesen la mitad del reino de los Países Bajos, y los otros media Polonia, media Sajonia y media Italia,

No había, pues, que titubear, y hallándose el orgullo de acuerdo con la previsión, había necesidad de aprovechar la circunstancia del desorden en que se encontraban las fuerzas de la Francia, la de hallarse aún reunidas las de Europa para destruir sin perder un momento al hombre formidable que había llegado á poner en tela de juicio la dominación que se ejercía sobre la Europa y el reparto leonino que unos y otros se habían hecho en Viena.

Así, pues, cuando se tuvieron noticias más extensas pasaron de la primera y violenta declaración del 13 de marzo á medidas más prácticas y más terribles, aunque menos rudas en su forma. Resolvieron la guerra inmediata, formando un tratado que renovaba pura y simplemente la alianza de Chaumont. Esta alianza estipulaba, como recordarán nuestros lectores, que cada una de las cuatro potencias coligadas pondría en pie de guerra ciento cincuenta mil hombres hasta tanto que el objeto que la motivaba estuviese plenamente conseguido. Este contingente estaba muy lejos de indicar todos los esfuerzos á que querían recurrir para destruir á Napoleón, porque era sabido que cada una de estas potencias, formalmente obligada á reunir por lo menos el número de hombres estipulado, emplearía además todos los recursos con que contase para alcanzar el triunfo de la causa común. Además se convino en que respecto de la dirección de los ejércitos coligados obrarían como hasta entonces habían obrado, no harían nada los unos sin los otros, y sobre todo no escucharían la menor palabra del enemigo sin comunicarla á la coalición, única autorizada para negociar y responder á todo. En el mismo tratado se acordaba que la Inglaterra volvería de nuevo á dar los seis millones de libras esterlinas de subsidios que había prometido mientras durase la guerra, y además una indemnización en dinero por todo lo que faltase á los ciento cincuenta mil hombres que debía presentar por su parte en pie de guerra.

Este compromiso era para ella, si no más grave, al menos más oneroso, pero satisfacía á todos de tal manera en sus odios y sus intereses una guerra de esta especie, que las potencias aliadas no se consideraban como deudoras de gratitud á la Inglaterra al aceptar su dinero. Sólo ella no estaba representada en Viena ni por su soberano ni por un primer ministro, porque lord Castlereagh había salido para Londres; pero lord Wellington que le reemplazaba, fundándose en sus grandes servicios y en la popularidad de que gozaba en su país, no temía cargar con la responsabilidad. Por más que no recibió ninguna instrucción (el tiempo no lo había permitido), no dudó en tomar su partido. Juzgó que valía la pena empezar de nuevo la guerra para mantener el estado de cosas que la Inglaterra acababa de hacer establecer en Europa; esperaba vagamente aumentar su gloria con esta nueva lucha, y no temía comprometer á su gobierno, seguro de que nadie se atrevería á desaprobár su conducta en Inglaterra, cualquiera que fuese la opinión que de ella se formara. Firmó, pues, sin hacer la menor objeción, y fué más bien provocador que instigado ó convencido en la conclusión de los nuevos arreglos.

El representante de Francia hubiera deseado figurar como parte en este tratado para asegurar mejor la situación de los Borbones, porque se había apercibido de

que les querían mal á causa de su torpeza y de que si estaban completamente de acuerdo respecto de la necesidad de echar por tierra á Napoleón, no lo estaban tanto respecto del modo de reemplazarle. Sumamente animado en favor de la causa de los Borbones, desconociendo en aquella ocasión hasta el buen sentido de las conveniencias con que se hallaba dotado en tan alto grado, Mr. de Talleyrand no pensó en lo que tendría de repugnante la firma del plenipotenciario francés al pie de un tratado cuyo objeto era una guerra desesperada contra la Francia. De todos modos quería firmar, pero sus cooperadores evitaron que cometiese esta inadvertencia, fundándose en un motivo personal. Los soberanos aliados aparecían á los ojos de sus pueblos, sobre todo á los ojos del pueblo inglés, como promovedores de la guerra por el restablecimiento de los Borbones, y querían presentarse como ocupados únicamente por el interés europeo. En consecuencia, decidieron ser por sí solos contratantes principales, sin dejar de conceder á las demás potencias el derecho de adherirse á sus actos. El tratado en cuestión, llamado renovación de la alianza de Chaumont, fué fechado el 25 de marzo y enviado inmediatamente á Londres para que allí recibiese la aprobación británica. Hasta entonces permaneció secreto, no precisamente en su fondo, sino en los términos en que se hallaba concebido.

Una vez perfectamente determinado el objeto y los medios, se ocuparon del empleo que deberían hacer de estos últimos, para lo cual se celebraron conferencias militares en casa del príncipe de Schwartzberg á las que el emperador quiso absolutamente asistir. El príncipe de Schwartzberg por el Austria, el emperador Alejandro y el príncipe Walkonsky por la Rusia, Mr. de Knesebeck por la Prusia y el duque de Wellington por la Inglaterra, discutieron el plan de campaña. Hubieran deseado dar principio á las hostilidades sin perder un momento, y el que más animado se hallaba por este deseo era el duque de Wellington que manifestaba ya la pretensión de representar el papel más importante en esta campaña; pero, á fin de obrar con seguridad, se decidió que todo se aplazase hasta tanto que entrasen en línea fuerzas considerables, de modo que cada uno de los ejércitos coligados pudiese sostenerse por sí solo en presencia del enemigo común. Las fuerzas de la coalición se dividieron en tres columnas principales. La primera estaba destinada á operar en Italia, donde los austriacos suponían que Murat se hallaba de acuerdo con Napoleón; y era tanto el interés que manifestaban los austriacos respecto de esta comarca, que se proponían emplear en ella ciento cincuenta mil hombres. Estas fuerzas coligadas, después de combatir á Murat, tenían orden de dirigirse por el Monte-Cenis á Saboya.

Las dos columnas restantes debían escoger la Francia para teatro de sus operaciones, proponiéndose llegar hasta París. Una de ellas presentándose desde el Este, desde Basilea á Maguncia, se formaría de austriacos, bávaros, badenses, wurtembergueses, hessenses y rusos, ascendiendo su número de hombres á doscientos mil. Esta columna del Este no tomaría la ofensiva hasta que el contingente ruso de ochenta mil hombres, obligado á atravesar la Galitzia, la Bohemia y la Franconia, llegase al Rhin, lo que no podía verificarse hasta mediados ó fines de junio.

La última columna, que por su importancia sería la primera, llevaría á cabo sus operaciones en el Norte. Hubieran deseado formarla con ingleses, belgas, hannoverianos, alemanes del Norte y sobre todo prusianos, poniéndola á las órdenes del duque de Wellington, en cuya prudencia se tenía una entera confianza; constando en este caso de doscientos cincuenta mil combatientes, que hubieran completado el número de seiscientos mil hombres de tropas activas que se lisonjearan poder reunir, sin contar las reservas rusas, austriacas, alemanas, que harían subir la masa total de coligados á setecientos cincuenta ú ochocientos mil hombres. Los prusianos, en los que el odio dominaba al orgullo, hubieran aceptado con gusto el mando del duque de Wellington, pero el amor propio de Blücher era un obstáculo muy grande para la realización de este plan. Sin embargo, emplearon mucha destreza para vencer esta dificultad, y se decidió que los holando-belgas presentasen lo menos cuarenta mil hombres, los que, por ser la guerra proyectada de una importancia inconmensurable, combatirían á las órdenes del duque de Wellington á pesar del mérito y del justo amor propio del brillante príncipe de Orange, hijo del nuevo rey de los Países-Bajos. Los hannoverianos y los brunswikenses no podían tener ninguna repugnancia en servir al mando del generalísimo británico. De este modo reuniría lord Wellington cuarenta mil holando-belgas, cerca de veinte mil alemanes del Norte y si los aumentaba con sesenta mil ingleses, la masa total de sus fuerzas llegaría á ciento veinte mil soldados, sin contar doce ó quince mil portugueses que esperaba conseguir de la corte de Lisboa. De España no aguardaba ni un solo hombre.

De todos modos no era prudente presentarse ante Napoleón con ciento veinte mil combatientes, pero se creía que Blücher, impulsado por su ardor, no dejaría á lord Wellington la gloria de ser el primero en línea, que avanzaría con cien ó ciento veinte mil prusianos, que su pasión por combatir le haría dócil, y se pondría, sin convenir en ello expresamente, si no bajo las órdenes, al menos bajo la dirección del general inglés; que lord Wellington tendría de este modo doscientos cuarenta mil hombres á su disposición, con los que partiendo del Norte mientras que la columna del príncipe de Schwartzberg partía del Este, harían lo mismo que habían hecho en 1814, y que impulsándose los unos á los otros hacia París, concluirían por ahogar á Napoleón en los cien brazos de la coalición. Todavía podían contar con ciento cincuenta mil hombres más, pertenecientes al segundo ejército ruso que seguía al primero á las órdenes de Barclay de Tolly, y á las reservas prusianas que no debían tardar en reunirse á Blücher; y con seiscientos mil combatientes no dudaban que lograrían anonadar á Napoleón, que en su concepto sólo presentaría un ejército de doscientos mil hombres, á causa del estado de extenuación en que se hallaba la Francia.

Estos cálculos un poco exagerados, pero aproximativos á la verdad, fueron aceptados como completamente exactos, y el plan, tal como lo hemos descrito, quedó aprobado por unanimidad.

Las tropas austriacas, destinadas á Italia, estaban ya en marcha, porque no había necesidad de estimular, respecto de este país, el celo del gabinete de Viena: se